

GEOGRAFIA Y DESTINO DE CHILE

Un periodista agudo, Tibor Mende, ha querido subrayar a través de una leyenda, la singular complejidad geográfica de Chile. Cuenta que el Padre Eterno se preparaba a descansar después de la fatigosa semana de la creación del mundo, cuando un arcángel vino a decirle que, concluida la fabricación del globo, había sobrado un montón de material ya sin provecho. ¿Qué hacer con esa arena, esa agua, esas piedras, esa nieve, esas plantas, esas flores? El Padre Celestial ordenó, ceñudo, que fueran a botar lejos los escombros heterogéneos y un grupo de ángeles, en presurosa obediencia, agarraron la extraña carga, llegaron al rincón más distante y echaron todo tras una enorme empalizada. Así nació Chile, tierra paradójica que discurre entre la nevada cordillera de picachos que se empinan hasta los 7.000 metros, y el mar extenso de profundidades equivalentes, tierra en que se conjugan los desiertos salobres y arenosos, las sierras agrestes, los rientes y floridos valles, los azules lagos orlados de bosque, y los fiordos y ventisqueros.

Pero Chile no sólo exhibe en su interior la imagen de grandes contrastes. Situado en el Occidente de Sudamérica, a larga distancia de la culta Europa, encerrado entre duras fronteras naturales como son el desierto del norte, los Andes, el amplio Pacífico y los hielos del Polo Sur, Chile semeja una solitaria isla. Este aislamiento extremo, esta situación de terminal de las rutas del mundo, han hecho de Chile, por espacio de siglos, una nación de tendencia recoleta. Hasta que la técnica puso agilidad en las comunicaciones, marítimas primero y aéreas después, su contacto cultural y económico con los grandes centros europeos fue moroso y difícil. La inmigración que se volcó jadeante y masiva desde la mitad del siglo XIX en las costas de los Estados Unidos y del Río de la Plata, apenas alteró la constitución étnica del país. Ya en los tres siglos anteriores el continuo oleaje de sangre española, había absorbido al escaso indígena pacífico, hasta formar una raza homogénea en la que no se integró el belicoso araucano del sur del Biobío. Con esta población de reducido número, Chile debió afrontar su desarrollo. Resultó así duro el esfuerzo; pero el obstáculo que hubo de vencer por sí solo, marcó el carácter nacional con rasgos inconfundibles.

Si frente a Europa, Chile aparece como una isla lejana, de intermitentes contactos, en América, por el mismo imperativo geográfico, ha cubierto una misión de importancia. "Larga calle o plaza de armas" la llamó el cronista Rosales en el siglo XVII y en verdad aquí se jugó el destino del

imperio español en el Pacífico sur. Chile fue la avanzada paralizadora de las incursiones inglesas y holandesas que pusieron en riesgo el dominio castellano en dichas latitudes. Afianzar este último en su suelo representó una guerra casi dos veces centenaria. Abandonarlo habría significado para España perder a corto plazo el rico Perú, que crecía tranquilo al amparo de la muralla cortafuegos chilena y se alimentaba del trigo de sus campos. En los siglos más remotos, Chile había servido de paso forzoso a las migraciones indígenas; en la época del gobierno español, fue vía de comunicación entre el Perú y el Río de la Plata; durante la guerra emancipadora, sirvió de centro básico de las operaciones destinadas a aniquilar el bastión monárquico del Perú.

El mar, que acompaña sin desmayo a Chile a lo largo de todo su enorme recorrido, pareciera señalarle un destino histórico naviero. No es necesario recordar que ya en el siglo XVI partieron de sus costas frágiles barcos a explorar el estrecho de Magallanes y las islas de la Oceanía. Tampoco parece indispensable insistir en la organización en Chile de la escuadra que transportó al Perú la Expedición Libertadora de 1820; ni los reiterados viajes comerciales que armadores chilenos organizaron por esos años hacia la India y la China; ni la ocupación de la pequeña isla de Pascua, en plena Polinesia, al término del mismo siglo; ni las bizarras excursiones en todo tiempo de pescadores, loberos y balleneros de Chiloé y de Magallanes por los intrincados canales de la Patagonia occidental y las tormentosas cercanías del Polo Antártico. Todo esto y mucho más podría decirse como testimonio de que no falta en Chile la vocación marinera y que un futuro desenvolvimiento de la vida en el Pacífico, por el despertar del Asia, puede depararle aún mayores posibilidades. Pero de lo que no cabe duda es que el carácter nacional no se ha acuñado en el mar sino en la tierra.

Si bien desde Pedro de Valdivia los colonizadores españoles, superando el fragmentario localismo indígena, vislumbraron la unidad del país desde el desierto de Atacama a las latitudes magallánicas, la verdad es que la vida colectiva se concentró de preferencia, durante los primeros siglos de historia chilena, en la zona comprendida entre los ríos Elqui y Biobío (30 a 37°). En esta región dotada de uno de los mejores climas del globo, proverbialmente alabado por viajeros de todos los tiempos, se fue gestando la nacionalidad. Allí creció alentada por la belleza del paisaje, la sanidad del medio y la fertilidad del suelo; pero a la vez hostigada por la arremetida araucana y el periódico golpe destructor de los terremotos. Desde este núcleo central, en que se fue templando el carácter nacional en la dura brega contra hombres y elementos, partió el impulso que dio vida a los desolados extremos del norte y del sur del país.

Esta obra expansiva del núcleo central no representó sólo un paso de valor económico sino también político. Con los brazos y recursos caminó también el espíritu chileno delineado ya con precisión. Por eso fue posible que en distancias tan grandes y en medio de una disparidad de paisajes y formas del existir, la idiosincrasia continuará siendo una. No hubo lugar a disgregadores y antagónicos regionalismos. El ensayo federal de 1826, único intentado en la historia republicana de Chile, fracasó a poco andar, porque era un régimen exótico, opuesto al alma nacional. La fuerte personalidad del núcleo central, trasplantada a los ángulos extremos del territorio, ha permitido que el habitante de Arica y el de Cabo de Hornos, separados por 4.200 kilómetros, sientan la solidaridad de una patria común. Por una paradoja, la geografía dispersa, que ofrece a las comunicaciones increíbles obstáculos, ha unido ante la dificultad y dado temple y alma común a los habitantes de una tierra invertebrada.

El pensador báltico Hermann Keyserling observaba hacia 1930 que, a pesar de su origen, Chile no es un país de índole latina, sino que se parece por su menor imaginación y fuerte tenacidad a los pueblos del norte de Europa, que no confían tanto en la naturaleza como en el propio esfuerzo. Y en verdad en el curso del tiempo este habitante del rincón más apartado del globo ha suplido la carencia de cualidades brillantes con la disciplina y el culto al derecho, y exhibido en la América hispana, a menudo corroída por la inseguridad política y el caudillaje, una rara muestra de equilibrio y estabilidad. Por eso el profesor brasileño Pedro Calmon, ha podido afirmar que Chile tiene una geografía loca pero a la vez una historia cuerda.

JAIME EYZAGUIRRE*

*NR. Se publica este breve artículo suyo, aparecido en *Finis Terrae* N° 53 (1964) 5-7, en homenaje a quien fuera profesor de *Historia Constitucional de Chile*, y de *Historia del Derecho*, en la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile.